



EL TRUCO

por FERNÁN SILVA VALDÉS

El truco es, sin lugar a dudas, entre los juegos de barajas, el juego nacional. Desde antaño lo jugó el pueblo, — campo y ciudad, pobres y ricos, gauchos y señores, — y lo jugó con pasión, alma, y con el garbo criollo que nos es característico. Diría que lo jugó y lo sigue jugando hasta con esa compadradura que es gracia o sal de nuestro modo de ser de orientales.

El pueblo crea o adapta sus juegos

SUMARIO: Es el juego criollo y varón. No es timba, ni juego de azar, sino de agilidad mental y amor propio. Su desinterés y su altanería. Aspectos poéticos, versos para cantar «flor», para decir «quiero». El truco oriental y el argentino. Sus diferencias notables. El oriental es más rico y movido. Se jugaba en el campo y en la ciudad; en la estancia y en la pulpería; en la casa patricia y en el almacén de la esquina. Un recuerdo lejano y simbólico. El truco, una guitarra y Julio Herrera y Reissig.

espontáneamente. Sin cálculos ni razones, improvisa, asimila o modifica, siempre a su semejanza, aquello que consueña con su ser colectivo. Siendo los juegos un aspecto de las costumbres del pueblo, sus orígenes habrá que buscarlos en el lugar y la edad en que ha madurado su raza. Pero cuando un pueblo, — apremiado por el ritmo de la vida, — necesita un juego que no existe en el haber de su raza, lo crea; y si no tiene tiempo, — históricamente, — para ello, lo asimila, devolviéndolo modificado, a la medida de su espíritu y de su físico. Tal ha sucedido con el fútbol, el juego «rubio», latinizado por los hispanoamericanos, y latinizado, no de modo igual, sino con características propias, ya que los españoles lo volvieron todo empuje y nosotros todo gracia.

Mas no voy a referirme al juego físico de la raza fría, sino a un juego intelectual y representativo de estos pueblos, a nuestro viejo y amojosado juego de naipes, denominado «truco». El «truco» es, entre los juegos de naipes, el más criollo y el que siempre prefirió y sigue prefiriendo el hombre nativo de las tierras del Plata. Digo juego criollo en general, y no gaucha, en particular, porque si bien el hombre del campo y de otrora le imprimió su sello, era jugado indistintamente por éste y por el pueblero. Sus incidencias están pintorescamente salpicadas de refranes y decires criollos, tan de la boca del gaucha y paisano, como del mozo pueblero aguerenciado en la esquina del almacén, o como del señor de las ciudades del Plata de pura cepa criolla, que pitaba tabaco negro con chala y usaba al cuello, en forma de boa, aquel característico poncho de vicuña.

Si es el juego de barajas criollo por excelencia, es también, por sobre todo, el juego *varón*. Otros juegos de naipes son practicados por mujeres, como el «bridge», el «pocker», la «escoba de quince», etc., pero no es común hallar mujeres jugadoras de truco. El se

adorna con todas las galas — positivas o negativas — del criollo: es taita, compadrón, decididor, florido... para jugarlo bien hay que poseer mucha vivacidad, concebir las jugadas con rapidez, tener buena memoria para llevar la guía de los naipes que han salido, y también ser engañador y desigual. Es un juego bien latino.

Ignoro como llegó al Río de la Plata. De su origen ibérico no caben dudas. El Diccionario trae la palabra «truco»: juego con bolas de marfil. No es *nuestro juego*. Trae también: truque y truquiflor, juegos de envite, y por la descripción que hace se ve que se trata de nuestro truco, y más del «porteño» que del «oriental»; diferencia apreciable e interesante, sobre la cual más adelante trataré.

No he encontrado nunca artículo o estudio sobre el tema, verdad que tampoco lo he buscado mucho, pues la investigación no es actividad de mi resorte. Con todo, creo que el truco no ha sido tema preferido por los escritores criollistas, ni tampoco por los investigadores. Sólo he leído sobre él una descripción en verso de Ascásubi en su «Santos Vega», y unas décimas justas y jugosas del poeta Guillermo Cuadri.

Paso por alto, pues, la investigación histórica de sus orígenes, trabajo que ya tomará a su cargo alguien con más dedicación que yo, y sigo refiriéndome al juego en sí, cristalizado y clásico; como lo jugó el gaucha, como lo jugó el señor criollo de ayer, y como lo seguimos jugando muchos criollos de hoy.

Yo afirmo que entre los juegos de naipes, el «truco hasta el dos» es una obra maestra del género.

Vigoroso en su estructura, con ese vigor característico de lo español; y en ancas, pintoresco y florido en sus puntas, como todo lo platense.

No es juego de azar. Gana el que lo juega mejor. Tampoco es del género

que llamaré *timba*; no en el sentido del *azar*, sino en el sentido correspondiente a la emoción de jugar dinero, como sucede con el *monte*, por ejemplo.

El «truco» es desinteresado. No se le juega por ganar plata, sino por entretenimiento, por descanso — en el sentido de cambiar de actividad, como todo juego no profesionalizado, — por cultivar la vena gallarda y altanera que tenemos los hombres de vieja cepa; en fin, voy a agregar que se juega por *criolloría*.

Se dice: gané tanto o cuanto al *monte*. En primer término está la cantidad ganada. Y se dice: le gané a fulano un partido al «truco». En primer término está el amor propio satisfecho. Una partida de *monte* o de *gofo* sin interés es aburrida; no se concibe. Una de «truco», se concibe por el truco mismo, por imponer condiciones de jugador hábil. Y cuando por seguir la costumbre de «interesarse» el juego, se le asigna algún interés material, éste es de otra índole: un «entero» de lotería, una cajilla de cigarros o un cordero «ensillado». Hombres que al *monte* «se juegan hasta la camisa», se avienen a jugar al truco por un *peso* el partido. Es uno de los juegos en que entra en mayor grado el amor propio. Hacer una chambonada, «cantar errado» es risible. Perder un «vale cuatro» es casi deshonesto, a menos que se pierda «bien perdido»; por ejemplo: con el «cuatro» contra el «dos» o con el «bastillo» contra la «espadilla». Y ganarlo, tiene tal importancia intrínseca, que el afortunado «lo raya» en la pared o en la mesa.

«Aquí está Jacinto Amores!
Vengo, paisano Simón,
a ganarle un vale cuatro
y al grito rayarselo».

Ascásubi.

El partido se hace de cuatro o de seis jugadores, y por el sistema de compañeros: dos contra dos y tres contra tres. Se juega a un número deter-

minado de tantos, en dos jornadas o «chicos»; a dos «treinta» o dos «veinticuatro». Los puntos para ganar se llaman «flor», «envido» o «truco»; con sus derivaciones «contra flor el resto», «la falta envido», «retruco» o «vale cuatro», etc.

Pero sería engorroso entrar en esos detalles. Vayamos ahora a puntualizar las diferencias del truco que se juega en la Argentina y el que se juega en el Uruguay.

El argentino es, seguramente, el mencionado en los diccionarios con la palabra «truquiflor», donde la «flor» se forma con el mismo palo en las tres cartas que se reparten a cada jugador en cada *vuelta*. Única manera de formar «flor». En el modo argentino no hay las cartas llamadas «piezas», ni se pone baraja indicadora del *palo* que es el *triumfo*. De este modo las cartas más altas son «la espadilla», el «bastillo» y los dos «siete bravos» (espadas y oros), luego los «3» los «dos», «ases», etc. En cambio el modo oriental es más rico, hay *cinco* cartas superiores a la «espadilla», y se forma la «flor», no de una, sino de *cuatro* maneras distintas; utilizando esas cartas llamadas «piezas», que son: el *dos*, el *cuatro*, el *cinco*, el *caballo* (perico) y la *sota* (perica) del triunfo o muestra. La «flor» mayor en el truco porteño es de *treinta y ocho*, y en el oriental, de *cuarenta y siete*. El *envite* mayor en el primero es de *treinta y tres*, y en el segundo de *treinta y siete*.

Bien. Más rico o ampliado uno que otro, ambos tienen la virtud de interesar y apasionar a sus cultores, y ambos poseen el aspecto florido y pintoresco que le da la costumbre de jugarse entre versos y dicharachos.

La primera vez que presencié, siendo niño, una partida, fué en mi casa paterna. Jugaban mi padre y varios amigos.

Mi padre cantó «su flor» con estos versos:

«A visitarlo he venido
amigo don Salvador,
con una noche, fieraza,
y una helada: «de mi flor».

Al poco rato otro de los jugadores
cantó así:

«Por el Río Paraná
a favor de la corriente
navegaba un yacaré
con una «flor» en un diente».

Otra vez, años más tarde, en una estancia a orillas del arroyo Casupá, escuché esto: el jugador que tenía «flor» la cantó o declaró así: «Floreció mi esperanza», y un contrario, que también tenía, y flor grande, seguramente, lo barajó en el aire replicando: «y la secó un yelo...». Agregando luego: «contra flor el resto», que es la frase equivalente a decir: a la mejor le juego el resto de los tantos, o lo que es igual: el partido.

Muy conocidos son los siguientes versos, siempre para cantar flor, que es el punto máspreciado:

«Una flor es una tina,
¿será «flor», o Florentina?»

¿No es verdad que es bello y fino y gracioso? Menos conocidos, pero igualmente ingeniosos, son estos:

«Flor y floracha:
le juego el «cabo»
y me guardo el hacha»

Una vez jugué una partida en el departamento del Salto, en la estancia «Bayacúa», de don Pedro Díaz. Como yo empezaba a ser tenido por poeta, y entre los jugadores había un *payador*, nos impusieron la obligación de jugar inventando versos, de los cuales conservo una décima, que alguien de los mirones anotó en un papel, y que decía así:

Oregié y con tanto afán,
parece que al darlo vuelta
este gajito me suelta
cierto perfume a arrayán.

Yo me llamo don Fernán
y a mí «ni negra me juegue»
con el «cuatro», ventinueve;
treinta y seis con la «perica»,
y aunque la «liga» es muy chica
con mi «flor» nadie se atreve.

Naturalmente que —siendo el «truco» juego tan de mentir — no tenía ni el «cuatro», ni la «perica» sino una flor buena sí, pero con otras cartas, que no iba a ser tan inocente en mentar.

La mayoría de los versos que se usan en el juego son para cantar flor; pero también los he oído para envidar:

«Aquí está un mozo oriental,
paisano muy albertido;
viene a pasar un buen rato,
diciéndoles: «real envido».

Puede suceder que si algún contrario tiene «flor», como ésta excluye al «envido», le conteste de esta manera:

«¿Y esta «flor», dónde la tiro?»

Pero sólo una vez oí «querer» en verso. Habían trucoado, y uno de los jugadores, en lugar de decir «quiero» a secas, como se estila comúnmente, replicó así:

Dicen que el ñandú es ligero,
y que se hace el muerto el zorro
y las chinas dicen «quiero»,
cuando uno les truca al oído.

Palabra que se profiera durante el juego y estando a la vista la carta del triunfo, así sea en conversación con los mirones de afuera, es palabra válida. Por eso es que los términos referentes al juego se insertan en versos, o decires, y al pronunciar éstos, queda ya planteada seriamente la jugada y, dicho sea de paso, de una manera pintoresca o socarrona, bien a propósito para torear al contricante.

Salvo las excepciones de toda regla, cada partida de seis o cuatro jugadores, cuando son criollos de ley, es un torneo poético, picaresco; una batalla, no sólo de naipes, sino de choques espirituales, donde rivalizan la flor episódica del

juego, con el episodio florido de las palabras saladas de intención y campanudas de taitería.

Yo he visto a gentes que viven el día cotidiano en una corrida actitud de seriedad vulgar hasta el aburrimiento, transformarse y hasta ser brillantes y acaparadoras de la atención de la «barra» — como ahora se dice — durante un partido de truco.

Y antes de concluir, voy a relatar un caso, un recuerdo delicioso que para mí tiene una importancia enorme. Siendo niño, por la época del Montevideo del novecientos, que asistía a la gestación del tango, bienvenido de la milonga, de un Montevideo lánguido y aburrido, con pocos espectáculos públicos y menos paseos, el juego de naipes en los hombres y la lotería en las mujeres, durante las noches de invierno y las tardes del domingo, era espectáculo frecuente. Los hombres jugaban al «truco» en las pulperías de campaña y en los almacenes de la ciudad; en los clubes sociales, y en las casas de familia. Allá por mis pagos del «Paso del Molino», mi padre se reunía con sus amigos y jugaban al truco en tres casas. En la de don Enrique Maciel, en la de don Carlos Herrera y Reissig y a veces en la propia. Si en mi casa paterna le oí por vez primera pronunciar la cuarteta que ya he anotado de memoria, en casa del señor Carlos Herrera y Reissig, — hermano del poeta, — tuve el encuentro original que voy a recordar. Mi padre estaba algo enfermo, con «trancazo», como se le decía a la gripe, y ese domingo no pensaba concurrir a la partida de truco que se realizaba en lo de Herrera, allá en una quinta vieja del Camino Suárez. Entonces vino un «propio» a buscarlo, diciendo que tenía que concurrir porque «faltaba una pierna» (asombro de mi parte). Mi padre no precisó más: se puso un saco grueso y motudo, caló el chapeo, se envolvió el cuello en un ponchito de vicuña, y tomándome de la mano me llevó consigo. Bien: mientras jugaban

cuatro señores, y yo me aburría sin saber qué hacer, apareció un joven pálido, bonito, algo rubio, con una barbita de quince días, bastante mal vestido y mal calzado. Ese joven me condujo a una habitación cercana, con muebles señoriales, aunque muy desarreglada, naturalmente, y tomando una guitarra, empezó a tocar para entretenerme. Fué esa la primera vez que una guitarra me impresionó estéticamente. ¡Qué escena más simbólica aquella, y cómo me convida a meditarla! Tan inverosímil parece que nunca me había dispuesto a narrarla públicamente: pues, ¿saben quién era el guitarrero: Julio Herrera y Reissig!

Montevideo, julio 1942.

TRABAJOS QUE EXIGEN PROTECCION EN LOS OJOS

Damos a continuación, y por vía de ejemplo, una lista de algunas de las tareas que exponen los ojos a peligro directo:

- 1 Vaciado y manipuleo de metales fundidos.
- 2 Manipuleo de líquidos corrosivos.
- 3 Molienda de granos.
- 4 Picado de piedras.
- 5 Trabajos con gases y humos irritantes.
- 6 Trabajos de soldadura, etc.

En tareas que sólo dan lugar al impacto leve de partículas pequeñas (polvo, aserrín, etc.) y que se llevan a cabo en lugares apartados de gases inflamables o donde no hay materiales en ignición o no saltan chispas, los anteojos pueden sustituirse ventajosamente con caretas de ajuste frontal.

No basta, sin embargo, munirse de anteojos o máscaras protectoras y usarlos de manera continua cuando el riesgo lo exige. Es necesario, además, que sean cómodos y apropiados a la tarea.